

TRANSFORMAR LA VIDA EN PROFUNDIDAD A TRAVÉS DE LOS EJERCICIOS IGNACIANOS

Una idea radical de la "Reforma de Vida"

Reforma de Vida" suscita en la conciencia de una persona humana corriente un reto o una invitación, o incluso una exigencia interna, ie dar una nueva dirección u orientación, en términos generales, a toda la vida de la persona, de tal forma que sea evidente y visible el cambio de conducta en los diversos aspectos de su vida ordinaria.

"Reforma de Vida", concepto cristiano e Ignaciano

En lenguaje cristiano, y ciertamente de manera concreta en términos bíblicos, la "reforma de vida" tiene una relación real con lo que llamamos "conversión", una sincera variación en la trayectoria de la vida. La Escritura lo designa como *metanoia*, un verdadero cambio de dirección, en todos los aspectos, de la vida de una persona.

En el contexto de los Ejercicios Ignacianos, y para distinguirlo claramente de la Elección de Vida o Estado, se interpreta como una renovación permanente. Se lleva a cabo, dentro del género de vida o estado ya elegido,¹ en áreas o puntos, que, a través de un proceso de oración o de la experiencia del discernimiento de los Ejercicios, el Señor ha mostrado de forma clara que necesitan corrección y reforma, o una revitalización nueva y más intensa para el futuro. Es la respuesta inmediata por parte de la persona concreta, del

ejercitante,³ a la llamada del Señor. Esa interpretación de la "Reforma de Vida", en, y a través de los Ejercicios Ignacianos, se concreta, con la mayor frecuencia, de la manera siguiente: en un cierto número de "resoluciones" concretas, que expresan específicamente el programa de la reforma, o transformación permanente, que debe llevarse a cabo dentro de las circunstancias personales de la vida del ejercitante. Un compromiso sincero y firme de vivir *este* "programa de reformas", sería la respuesta del ejercitante a la voluntad de Dios respecto a su vida actual. Como tal sería la expresión clara del objetivo y fin de *estos* Ejercicios Ignacianos, es decir el "fruto" de *estas particulares Ejercicios*.

Dentro de ese marco concreto de la "Reforma de Vida" se les ha enseñado y animado repetidas veces - todos lo sabemos por propia experiencia - que para que esa "Reforma de Vida" sea eficaz y no sólo una ilusión, o algo semejante a "nueve días de un sueño". Nuestros propósitos deberán ser pocos, muy concretos, realistas y verdaderamente posibles, etc... Es algo evidente...

El punto discutible aquí, sin embargo, es el significado - podríamos decir también la misma validez - de esta interpretación concreta de la "Reforma de Vida", dentro del contexto de la dinámica auténtica de los Ejercicios Ignacianos. Esta dinámica profunda de libertad interna, reforzada bajo la acción del mismo Dios, ante el cual el ejercitante se abre y se hace obediente, en el curso progresivo de los estadios de los Ejercicios, es bien conocida y apreciada hoy, gracias a los muchos estudios modernos y contemporáneos, que han revelado sus ricos aspectos teológicos, espirituales y psicológicos. Esta dinámica lleva consigo una experiencia prolongada de oración sobre el proceso objetivo de la historia de la Salvación (cuatro o cinco horas cada día, durante treinta días, si se hacen los Ejercicios completos), que conducen a una experiencia de discernimiento bajo la guía continuada de un acompañante competente. Significa en la práctica actual una revisión de la oración, después de cada hora o período de oración - una revisión que anota diligentemente las experiencias internas, o impulsos sentidos durante la oración -, y la comunicación de las experiencias al acompañante, durante el proceso completo de los Ejercicios. Ese acompañamiento consiste en *ayudar* al ejercitante *ante todo*, para que sea verdaderamente consciente de sus experiencias reales, y las comprenda; y *después* las acepte como realmente

son, de tal forma que el ejercitante pueda ser gradualmente ayudado a discernirlas o reconocer en ellas, en la sucesión y orientación progresiva de sus experiencias, la llamada, aquí y ahora, de Dios a orientar su vida.

Y ahora con toda franqueza nos podemos preguntar ¿el hacer unos pocos propósitos, concretos y prácticos, que hemos citado antes, requiere o pide una dinámica profunda y sincera, a la que nos referimos y hemos apuntado?. Más bien parece, si hemos de ser sinceros, que ¡todo el proceso nos da la sensación de estar exageradamente fuera de lugar! Lo que viene a nuestra mente espontáneamente es la frase del poeta latino Horacio, que casi se burla de sus poetas y escritores contemporáneos, porque después de anunciar un plan grandioso, un proyecto de gran altura literaria, terminan por producir una pieza literaria mediocre: *¡Parturíunt montes, dice, nascetur ridiculus mus!*(Los montes están a punto de dar a luz... ¡lo que va a nacer es un ridículo ratón!) ¿No es por otra parte cierto que un solo día, incluso medio día, de recogimiento seriamente llevado, de oración, reflexión, y quizás algo de consulta, sería suficiente para hacer, y comprometerse a y *entregárselos a Dios* cumplir, ciertos propósitos, del tipo que hemos mencionado?

Lo que sería realmente adecuado a la dinámica profunda y exigente de los Ejercicios, creemos nosotros, es disponer de toda nuestra vida y nuestro ser - totalmente - y entregárselos a Dios. Eso es una "conversión" en su profundo sentido bíblico, una *metanoia*, o cambio completo de dirección, como hemos dicho antes. No es una sorpresa, pues, que el mismo San Ignacio comience el texto de los Ejercicios con una descripción oportuna de la naturaleza y objetivo de estos Ejercicios: *"todo modo de preparar y disponer el ánimo, para quitar de si todas las affecciones desordenadas, y, después de quitadas, para buscar y hallar la 'voluntad divina en la disposición de su vida, para la salud del ánimo" [EE1]*, En otras palabras, el mismo Ignacio quería que el objetivo de los Ejercicios fuese *"buscary hallar la 'voluntad divina en la disposición de mi vida, para la salvación del alma"*.

Una manera cómo la voluntad de Dios "ordena y orienta la vida de una persona para la salvación", podría interpretarse con toda certeza como el

estado de vida a la cual Dios llama a cada persona individualmente. Supone que la persona toma su vida entera en sus manos y se la entrega a Dios, como respuesta a la iniciativa del amor de Dios, que le llama y le pide que abrace este género de donación de toda su vida. Pero el "Estado de Vida" de una persona, se puede decir con igual certeza, no es la única o la más profunda y radical manera, de interpretar lo que San Ignacio ha descrito de forma tan luminosa, guiado por el mismo Divino Maestro, como el fin y objetivo de los Ejercicios: "buscar y hallar la voluntad de Dios en la disposición de mi vida para la salvación del alma"

Ciertamente, a nivel profundo y radical, esa "llamada" o "voluntad" de Dios, es lo que la Palabra de Dios, siempre y a través de sus más caracterizados testigos, quiere decir al imponer un "Nombre". Por ese nombre Dios designa a cada persona, individualmente, con una singularidad única irrepetible." Podríamos definirlo como el ser íntimo y profundamente verdadero, la identidad dada por Dios a cada persona como el *centro de su ser*. Frases de la Escritura como, "El Señor me llamó desde el vientre, desde el cuerpo de mi madre, me dio mi Nombre", o incluso, "Antes de formarte en el seno, te conocí, antes que nacieras te consagré" (Véanse también Is, 49:1, y Jer 1:3), indican claramente que esa llamada de Dios se dio y está escrita en el centro íntimo del *ser* de cada persona particular.'

Baste para ilustrarlo el caso destacado de Jesucristo, Dios hecho hombre. Una mirada a los Evangelios, y quedamos impresionados cómo una sola palabra resume toda la oración de Jesús, su vida y su misión, en su profundo significado: esa palabra es "Abba". En el Evangelio de San Juan, por ejemplo, se nos muestra a Jesús, desde el capítulo 5 al 10, en sus controversias con los escribas y fariseos. Llama la atención que la única respuesta que da Jesús a los ataques y acusaciones de ambos grupos, es apelar a su "Abba". Me pregunto si hemos caído en la cuenta de que en los Evangelios, cuando Jesús está lleno de gozo, la primera palabra que salta de sus labios es "Abba" (Luce 10:21): "Jesús, inundado de gozo en el Espíritu Santo, dijo: "te alabo Abba, Señor de cielo y tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños".

De nuevo, cuando se encuentra en las profundidades de la desolación, en el Huerto de Gethsemani, hace lo mismo: la oración de Jesús comienza con un grito de su corazón humano, en medio de su dolorosa pena: "Abba, si

quieres, quita de mi este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya" (Le. 22:41). El Evangelio de San Lucas en particular, nos muestra con frecuencia a Jesús, después de un día muy cansado, predicando, enseñando, atendiendo a las necesidades de las gentes, que se retira para dedicar toda la noche, en un lugar aparte, o en la cima de un monte, a la comunión intensa con su Abba (por ej. Lúe, 6:12). *Abba* está siempre en el testimonio evangélico, como el secreto que unifica e integra la oración de Jesús, su misión, su ministerio, sus relaciones - el centro inspirador de toda su vida y actividad.

Pero merece la pena acentuar - destacándolo de modo especial - que *Abba* es la respuesta del Dios Hombre Jesús, al "nombre" único, irrepetible, con el cual Dios, su Padre, le llama en el centro profundo de su ser. Este "nombre" - *mi Hijo Amado* - que llega a las fibras más íntimas del corazón y ser de Jesús, se manifiesta en la narración evangélica, en momentos cumbres de su vida y misión como Dios-Hombre. Citemos el Bautismo en el Jordán (Cfr. Me 9:7: Mt 3:1-7: Le 3:21), y su Transfiguración en el Monte Tabor (Cfr. Me 9:7: Mt 17:5: Le 9:35): "Tu eres my Hijo amado; en Ti encuentro mis delicias". Este "nombre", irrepetible, único, es la llamada personal de Dios Padre, su "vocación personal", dirigida a su Hijo; el Dios-Hombre Jesucristo - y esa llamada penetra hasta el más profundo nivel del "ser", el íntimo centro del corazón de Jesús, y no solamente se queda en el nivel externo, de "acción" o "función".

Este último punto es crucial para entender auténticamente y comprender lo que estamos ofreciendo aquí sobre el significado radical de "Reforma de Vida" en los Ejercicios Ignacianos, y de sus amplias consecuencias para el cambio de vida en profundidad. Un ejemplo simple y concreto nos servirá perfectamente para clarificar nuestro punto de vista.

Si reuniésemos a un grupo de diez sacerdotes jesuitas, y nos fijásemos en el nivel de "vocación" de cada uno de ellos, podríamos singularizar lo siguiente: cada uno de esos diez jesuitas es "cristiano"; cada uno de ellos es "sacerdote" ministerial; cada uno de ellos es "religioso"; y cada uno de ellos es "jesuíta". Todos esos niveles, advertimos, son niveles jerárquicamente estructurados de vocación: cristiano, sacerdote, religioso, jesuíta. Además, sin embargo, cada uno de esos diez sacerdotes jesuitas ha sido y es llamado por su "Nombre", de una forma personal única irrepetible, "desde el seno de su madre", y no menos que por el mismo Dios. Es decir cada uno tiene su

"llamada personal", su "vocación personal", que le viene de Dios. Este nivel radical de "vocación" no es sin embargo otro nivel jerárquico estructural. Es más bien el "espíritu", que, en el caso de cada uno de los diez sacerdotes jesuitas, da vida a los cuatro diferentes niveles de "vocación" jerárquicamente estructurados que hemos distinguido. En otras palabras, la "llamada personal" de Dios a cada uno de los diez es *la única manera* en la cual cada uno es cristiano, sacerdote, religioso y jesuita: cada uno tiene individualmente su camino particular *único, personal e irrepitable*, para *ser y vivir* como cristiano, sacerdote, religioso y jesuita.

¡No se nos escapa a ninguno de nosotros la amplia influencia que esto tiene en la profunda conversión (transformación de vida)! Ciertamente si nosotros nos acercamos al testimonio del Nuevo Testamento, expresado permanentemente de forma vigorosa, sobre lo que es ser cristiano - lo que podríamos llamar como criterio único de "discernimiento cristiano" - nos damos cuenta de que cada uno de esos diez sacerdotes jesuitas tiene su propia forma, *única y personal*, de "vivir su amor" en cada tramo de su vida ordinaria, en cada experiencia humana de su vida de cada día. En términos que se relacionan vital e íntimamente con los procesos y dinámica de los Ejercicios Ignacianos - una dinámica, como hemos dicho, de profundizar en la libertad interna - cada uno de estos diez sacerdotes jesuitas tiene su forma particular, *personal y única*, de *ser libre interiormente - libre de si mismo* y de toda forma de egoísmo, para *ir libremente a Dios y vivir para Él, libre para vivir para sus hermanos y hermanas*, en un servicio de amor.

"Llamada personal de Dios o vocación" y el cambio de vida en profundidad: "Reforma Radical de Vida"

En el último párrafo de sus documentos sobre "Elección" [EE169-189], San Ignacio ha resumido de forma admirable y definitiva la *llave* de toda la dinámica de los *Ejercicios Espirituales* • "Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, quanto saliere de su propio amor, querer y interesse" [EE 1891 - en otras palabras, un proceso progresivo y dinámico de profundización en la libertad interna.

Este núcleo central de libertad cristiana interna está en el corazón de la transformación profunda de vida, precisamente porque es el espíritu interno

de unidad eficaz e integración de toda la vida personal. En orden a entender esto, consideremos de cerca y paso a paso a una persona concreta, (a) en su oración, después (b) en su actividad pastoral o apostólica, después de nuevo (c) en sus relaciones, y finalmente (d) en descansos y recreos.

a. ¿Cuál es la esencia básica de la "oración" auténtica? Como estudiantes de la espiritualidad cristiana, mantenemos firmemente que Dios, que es amor, se comunica a si mismo, y entra en nuestras vidas, siempre para salvarlas y redimir las por amor, - "viene, viene, siempre viene, a las personas, está en los acontecimientos, situaciones y circunstancias de tiempo, lugar y acción -. La oración no puede ser y *no* es algo que nosotros damos a Dios. ¿Qué podemos nosotros dar a *Dios*? Es Dios quien quiere darnos - y toma la iniciativa en el dar - su vida, su amor, y es más, se nos da a si mismo. La oración, por tanto, es realmente *abrir nuestros corazones a Dios*, de tal forma que Dios pueda comunicarse a si mismo a nosotros. Ahora bien, "abrir totalmente el propio corazón a Dios" quiere decir estar "libres de amor propio", estar *libres para Dios*, y en Dios estar libres para los demás. Indudablemente, si cada persona cristiana, como en el ejemplo que hemos citado antes de los diez sacerdotes jesuitas, tiene su camino, personal y único, de "entregarse a si mismo por amor", o ser "interiormente libre" por la llamada personal de Dios, por su vocación hacia Él, entonces esta llamada personal, o vocación, es el secreto más íntimo de su "oración".

b. En cuanto a la actividad pastoral o apostólica de la persona, acudimos al gran apóstol San Pablo, que nos expresa en su Segunda Carta a los Corintios todo lo que "apostolado", o actividad apostólica, significa (2 Cor, 4: 7-12) Toda la Carta trata del "apostolado", y nos dice: "Tenemos este tesoro (es decir, el ministerio apostólico) en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no parezca nuestra" (2 Cor 4:7). Continúa hablando del tema en los siguientes párrafos y nos dice que el apostolado es realmente "el poder de Dios que obra en, y a través de nosotros, apóstoles". En otras palabras, este *poder de Dios* puede obrar eficazmente, en y a través de los apóstoles, solamente si el apóstol, o instrumento apostólico, es *libre internamente* para permitir que el poder de Dios pase y fluya a través de él, como por un canal abierto y libre.

De nuevo, por consiguiente, si Dios ha dotado a cada apóstol de una manera única personal de ser "interiormente libre", a través de su "vocación personal", entonces *esta* llamada personal concreta, o vocación llega a ser el secreto más íntimo y profundo de su actividad apostólica o pastoral.

De la mayor importancia en este contexto es lo que San Pablo mismo, el *apóstol "por antonomasia"*, nos comunica al comienzo de su gran Carta sobre el apostolado - como hemos dicho antes, se trata de la Segunda Carta a los Corintios - "Bendito sea Dios, Padre de Nuestro señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos consolar nosotros a todos los atribulados con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios". (2 Cor 1:3-4). Por lo que hemos dicho antes acerca del "Nombre" por el cual Dios llama a cada persona individual, dentro de lo más íntimo de su ser, concluimos que "esta llamada personal" o "vocación", es de hecho la *consolación espiritual fundamental* (es decir el nivel más íntimo de su ser) de esa persona particular, irrepetible y única. Por ello lo que San Pablo igualmente proclama, en el texto maravilloso citado, resultado de su propia experiencia como "Apóstol", es que la vocación personal, o llamada de Dios, de cada apóstol, es *en si misma el poder de la consolación de Dios*, que obra en, y a través, del corazón interiormente libre del apóstol, para consolar y dar fuerzas a aquellos a quienes el apóstol trata en nombre de Dios.

C-. En cuanto a las "relaciones" personales haríamos bien en pararnos un poco y preguntarnos *cuándo* una relación es auténticamente buena y saludable. Si en una relación particular entre dos personas, cada parte se siente obligada y restringida a vivir según los deseos de la otra parte, entonces tenemos la profunda sensación de que esa relación no es saludable. Es más bien una "esclavitud" de mutua interdependencia Pero si en esa relación entre dos personas, cada parte ayuda a la otra a vivir *solamente* según los deseos de Dios, esa relación es hermosa y saludable, porque es *libre*. Puede llegar a ser estrecha y profunda, soldada por el mismo Dios. De nuevo es precisamente, el secreto personal de libertad interior de cada persona, es decir la llamada de Dios o vocación personal, lo que está en el centro de sus relaciones, como lo está en el centro de toda su vida y actividad.

d. ¿Y qué podemos decir de los períodos de recreo o relajación de la persona?. Aunque tendemos de forma espontánea a relacionar nuestros momentos de "relajación" con "no hacer nada", sabemos que nuestras experiencias reales no justifican esas imágenes espontáneas o construcciones mentales. Podríamos estar sin hacer absolutamente nada, pero si en esos momentos nuestros corazones y mentes están poseídos por el miedo, o atenazados por ansiedad o preocupaciones, nosotros no estamos indudablemente "relajados". ¿No es pues cierto, que precisamente en ese centro íntimo de nuestro ser, donde nosotros estamos anclados y enraizados en la identidad que Dios nos dado - única para cada uno de nosotros -, y donde se asienta nuestra "libertad interior", es donde podemos estar auténticamente "relajados", porque, además, *allí* reside el *santa sanctorum* donde nosotros "recreamos" y alimentamos profundamente nuestras energías vitales? Así, de nuevo volvemos a la llamada personal de Dios, o vocación, de una persona determinada, como el secreto más profundo de su "relajación" o recreación (re-creación), precisamente porque es el secreto de la libertad interior de esa persona concreta.

Hemos mostrado que *todo el conjunto* de la vida y vitalidad de una persona - tanto la "oración" o "actividad apostólica o pastoral", como también sus "relaciones", e incluso "su relajación y recreos" - está *maravillosamente unificado e integrado*, gracias al "Nombre" por el cual Dios ha llamado a esa persona particular, en el fondo de su ser. Es decir, gracias a su llamada única personal, a la vocación de Dios. Y todo esto por la razón específica de que esta llamada de Dios, única e irreplicable, a esa persona *particular* es el secreto más íntimo de su *libertad* "interior", "espiritual" o "cristiana".

No es un secreto para nadie que el grito más enraizado del corazón humano es la petición de unidad e integración. Sabemos por la experiencia diaria - especialmente nosotros, apóstoles activos - cuan completamente esparcidos, rotos, disipados y dispersos, nos encontramos al final de cada día. "¡Cómo deseábamos", gritamos en lo profundo de nuestro ser, "que nosotros hubiéramos podido, durante todo el día haber hecho *sólo una cosa con plenitud*!" Tenemos ese sentimiento, ese deseo íntimo, que aplicamos a toda nuestra vida, que toda ella pudiera sufrir una transformación en profundidad. ¡Qué razón tenemos! Porque lo que intentamos expresar es que cada persona

individual, puede de hecho estar experimentando esa unidad e integración en profundidad, si solamente pudiera primero discernir primero el "Nombre" (o vocación personal) por el cual Dios le ha llamado, y sigue llamándole en lo íntimo de su ser, y hubiera respondido a esa llamada con una vida regular y fiel de servicio, cada día en su diaria vivencia.

Para no alargar sin límites esta sección sobre la llamada personal de Dios, o vocación, que tiene como efecto la "transformación de la vida en profundidad", apuntemos solamente las perspectivas profundas psicológicas y teológico-espirituales que lleva consigo esa "reforma", o "transformación", en profundidad. Desde que el gran psicoterapeuta vienes Víctor Frankl publicó sus descubrimientos de "Logoterapia" - es decir realizar más a las personas, facilitándoles el "sentido" de sus

vidas - se han escrito muchos volúmenes de altura científica sobre la filosofía y psicología del "sentido de la vida". Lo que hemos ido descubriendo cada vez con más profundidad es que "el sentido de la vida" es fundamental de esa persona quien, eventualmente, "unifica" e "particulariza"; irrepetible y única "íntegra" en profundidad. Si, pues, como se demuestra en la misma psicología experimental, e incluso en las modernas escuelas de acompañamiento psicológico (como "Análisis Transcendental, o "Diario Intensivo de Ira Proff", o también la "Psicosíntesis") el "sentido de la vida" tiende a lograr, en mayor profundidad, la unidad e integración en lo íntimo del ser de una persona; nosotros, estudiosos de la Espiritualidad, apreciamos y mantenemos convicciones firmes que se deducen de nuestro campo específico de estudio y experiencia. Convencidos como estamos de los lazos estrechos y vitales que existen entre Psicología y Espiritualidad - muy semejantes a los que existen entre Naturaleza y Gracia en el plan del Creador, autor de ambas -, creemos que la Espiritualidad es el más alto, o profundo, nivel de la Psicología, según como se quiera considerar. Y por ello, mantenemos que el "Nombre", con el cual Dios llama a una persona concreta, es, desde la perspectiva del "sentido de la vida", el único sentido de la vida, dado por Dios, para la "vida de una persona. Si el "sentido de la vida" para una persona, concretado con la ayuda

psicológica, puede ayudarle eficazmente hacia una unidad e integración más y más profunda, que no podrá hacer "*el sentido de la vida, dado por Dios a la vida de una persona*"; hacia la unidad e integración en el centro más íntimo de toda la vida de esa persona - y por consiguiente para la "transformación", conversión, o "reforma" en profundidad - ya que esa persona está llamada por Dios, y ¡llamada por su "Nombre", único e irrepetible!

Tratando finalmente en esta sección, de las profundas perspectivas teológico-espirituales de la "transformación" radical, o "reforma" en profundidad, nos ayudará detenernos por un momento en la "llamada" o "vocación" de Dios. La afirmación tersa de San Pablo de la mediación única de Jesucristo en 1 Tim 2:5 ("Uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús"), puede expresarse de forma equivalente así: no hay llamada de Dios a ningún hombre, excepto en, y a través, de la persona de Jesucristo (se entiende, *objetivamente*). Y ningún hombre responde a la llamada de Dios, excepto en, y a través, de la persona de Jesucristo (de nuevo, *objetivamente*). En otras palabras: todas las "llamadas" o "vocaciones" de Dios son hechas *en* Cristo Jesús: la personalidad de Cristo Jesús es tan infinitamente rica que abraza y mediatiza todas las "vocaciones" o "llamadas". Si, pues, cada persona tiene, en el "Nombre" por el cual la ha llamado Dios una "llamada" o "vocación" personal, única, irrepetible, de parte de Dios, tal "vocación" es *en Cristo Jesús*. En otras palabras, esta persona, única, irrepetible, tiene una faceta o "rostro" de Jesucristo, que es específicamente y únicamente suya, de tal forma que, con toda verdad puede hablar de su particular o propio "Jesús" - no solo en lenguaje piadoso, sino en un sentido escriturístico, teológico y espiritual.

La frase paulina, propia para hablar del bautismo cristiano, "ser bautizado *en* Cristo Jesús" (*baptizein eis Christon lesoun*) (Cfr Rom 6:3, Gal 3:27) tiene una significación profunda. Ser sumergido en (*baptizein eis*) Cristo Jesús - obviamente no de manera física sino "en misterio" - significa *realmente* "revestirse de Cristo", "en misterio" (Cfr Gal, 3:27). Es natural que el mismo gran apóstol Pablo describa el plan y designio de Dios para toda persona, que va madurando su fe, como "varones perfectos a la medida de la talla que corresponde a la plenitud de Cristo" (Ef 4:13) - no Jesucristo de manera general, sino, por así decirlo, para cada persona concreta, en el plan y designio de Dios, *su Jesucristo personal*.

Lo que este lleva consigo para la "transformación" o "reforma", en profundidad, de la vida cristiana de una persona, es sorprendentemente amplio. Porque, si la vida cristiana es esencialmente, en su raíz, una relación viva, personal y profunda, de amor con la persona de Cristo Jesús, entonces el hecho de que el "Nombre", por el cual llama Dios a cada persona, no como una cosa sin vida, o algún ideal abstracto personal, sino como *persona viva y actual*, ese "Nombre" - la persona de Cristo vivo resucitado, de una forma única irreplicable para esa persona particular - significa en realidad transformar profundamente toda su vida y actividad cristiana. Porque la vida y actividad cristiana vivida de esa forma en todos sus detalles diarios, se convierte realmente en una relación madura, profundamente interpersonal, entre la persona de Cristo Jesús y la persona individual. Y, lejos de estar, o tender a estar cerrada en sí misma, esa relación interpersonal de amor, se abre del todo hacia la familia de la persona, a sus responsabilidades y compromisos, sociales, cívicos y políticos, de su vida y misión cristiana; precisamente porque el "Nombre", por el cual Dios le llama, - su vocación personal recibida de parte de Dios - es su forma irreplicable, única de entregarse a sí mismo en amor, es decir de ser libre de sí mismo y de su amor propio, de ser libre para Dios, y en Dios para sus hermanos y hermanas.

Una llamada personal de Dios, o vocación, a una persona concreta - o el "Nombre" por el cual Dios llama a esa persona - es el secreto más profundo e íntimo de una "reforma" radical, o "transformación", de la vida de esta persona en profundidad, debido a la fusión maravillosa o amalgama en una unidad, de los tres niveles, en los cuales hemos significado la significación amplia del "Nombre" por el cual Dios llama a cada persona en lo íntimo de su ser: esta llamada única concreta irreplicable de Dios a la persona es el secreto radical de la unidad e integración, en el corazón de la vida de esa persona, *porque* es el único "sentido de la vida" de esa persona, dado por Dios - y nada unifica e integra, lo sabemos bien, tanto como el "sentido de la vida". Además, es el "sentido de la vida" único, dado por Dios para la vida de esa persona. *Al fin y al cabo* es el "Jesús personal" de esa persona concreta - porque no solamente es Jesucristo el "*logos*" del Padre, y el *logos* significa primariamente "sentido", mientras que "palabra" es su significación derivada. Y más profundamente, para el Padre no hay "sentido" fuera de Cristo Jesús, como dice San Pablo en su maravilloso himno cristológico de Col

1: 12-20, con su mirada de dimensiones cósmicas: "todo lo que ha sido creado, ha sido creado *en* Cristo Jesús, *a través* de Cristo Jesús, *para* Cristo Jesús. Todo lo que ha sido recreado, renovado y reconciliado, ha sido recreado, renovado y reconciliado *en* Cristo Jesús, *a través* de Cristo Jesús, *para* Cristo Jesús. Cristo Jesús es el *alpha* y el *omega* de toda la creación y recreación. Él es el único "sentido de la vida" que existe para el Padre.

El corazón de toda formación espiritual:
básica y permanente

Si alguien se preguntase qué lugar ocupa San Ignacio en la Iglesia, nuestra respuesta sin la menor duda sería que San Ignacio no es ante todo un célebre teólogo, ni incluso un psicólogo renombrado - aunque teólogos y psicólogos profesionales no tienen empacho en decir que descubren en sus escritos rasgos admirables de alta teología y sorprendentes destellos psicológicos. Pero Ignacio se destaca en la Iglesia, de forma preeminente y en todos los tiempos, como un gran *pedagogo espiritual*, como *director espiritual*. Todo gracias a su libro, pequeño y grande al mismo tiempo, de los "Ejercicios Espirituales", en el cual nos ha transmitido su propia experiencia de la Pedagogía del Divino Maestro (ver nota 5). Lo que hemos desarrollado ampliamente en este artículo es nuestra manera propia de resaltar esta pedagogía extraordinaria de *formación espiritual*, de la cual los Ejercicios Ignacianos nos ofrecen una espléndida evidencia.

Cuando nos centramos en el tema de *Información espiritual*- digamos, para dar un ejemplo, en los seminarios donde se forman los futuros sacerdotes, o en las casas religiosas de formación - lo que se nos viene a la mente de manera espontánea es una serie de ejercicios y prácticas espirituales, como la oración personal y comunitaria, lectura de la Palabra de Dios o "lectio divina", celebración y recepción de los sacramentos, prácticas ascéticas y penitencias, etc... - en una palabra un programa establecido de iniciación de avance espiritual, mediante esas varias prácticas y ejercicios. Aunque este aspecto, resulta indispensable para la *formación espiritual*, nosotros quizás echamos de menos el objetivo, y nos desorientamos, en relación con el carácter específicamente *espiritual* de esa formación, a menos que demos importancia a la intención, y objetivo final de esos ejercicios y

prácticas. Se trata de adquirir un "estilo o cualidad de vida", un *espíritu*, que resulte en la unidad e integración de vida, un "nuevo corazón y un nuevo espíritu", en términos bíblicos, o como hoy se le denomina, un *horizonte vital*, o perspectiva total.

Un ejemplo de la vida real puede ilustrar mejor lo que pretendemos decir. Un bailarín experto en el escenario, o un pianista refinado que toca en una sala de conciertos, despierta nuestra plena admiración y nos hace exclamar ¡"Qué libre y hermosa es su danza"!, o, ¡"Con qué gracia y libertad toca el piano, y parece que le hace hablar"! ¿De dónde procede esa admirable gracia y libertad? Nosotros sabemos demasiado bien que eso supone horas y horas sin fin, día tras día, de haberse sometido a una férrea disciplina de ensayos y preparación severa, de repeticiones tediosas, una y otra vez, cientos de veces. Pero ni el pianista ni el bailarín se someten a esa disciplina por sí misma, ¡no!. El único fin objetivo total es alcanzar una "flexibilidad", una *libertad*, un estilo personal, arte y gracia, que distingue a los artistas y expertos consumados, al maestro del piano y al modelo de bailarines. Las reglas básicas de la danza o las leyes del pianista no están meramente en los libros especializados, que las exponen con detalle, ni siquiera en las lecciones de los maestros. Por ese camino no llegarían a ser, incluso para el artista consumado una *ley interior*, un "*corazón y espíritu*" interiorizado, asimilado, personalizado, que es lo que la "libertad interior" quiere decir.

Pero hay *todavía más* que necesitamos deducir del ejemplo que hemos escogido. Supongamos que tenemos dos pianistas altamente cualificados, y los dos interpretan la misma pieza maestra de Chopin. En nuestro pobre lenguaje humano decimos: "¡Oh! este maestro sigue *su propia* "interpretación" personal de esta obra particular de Chopin. Y la otra pianista profesional sigue también *su propia* "interpretación" personal, de la misma pieza de Chopin. Lo que *realmente* decimos o intentamos decir es: el primer maestro pianista está de alguna forma manifestando *su ser único irrepetible* al tocar esta obra de Chopin. Y la otra excelente pianista está también manifestando de alguna forma *su ser único irrepetible* al tocar la misma pieza de Chopin. En una palabra lo que se manifiesta en la interpretación de un acabado pianista es, de alguna auténtica forma *el secreto de su libertad interna* - es decir, de alguna manera real, *su ser más verdadero y más profundo, su ser único e irrepetible*. Todo esto puede deducirse de un ejemplo humano,

sacado de la experiencia de la formación pedagógica del espíritu humano en la práctica de las artes.

No es dificultoso reconocer, en lo que hemos explicado, por medio de un ejemplo, todo el proceso y desarrollo progresivo de los Ejercicios Ignacianos para liberar, por medio de una dinámica profunda, "la libertad espiritual interior", ese objetivo concreto de toda la *formación espiritual*, que es el discernimiento de *su entrega de su mismo ser por amor*- en otras palabras, el secreto más profundo de su "reforma, radical y eficaz, de vida", de la "transformación" de su vida en profundidad.

Incluso el proceso de pedagogía espiritual, o lo que hemos denominado antes como la dinámica progresiva de los Ejercicios ignacianos, tiene un paralelismo con el ejemplo humano que hemos elegido del campo de las artes activas. El punto de arranque necesario de esta *pedagogía espiritual* se pone de manifiesto en la iniciación, o aprendizaje, a través de una serie de *variados ejercicios y prácticas espirituales*, que aquí se centran en su desarrollo en el proceso objetivo y normativo de la historia de la salvación. Tales ejercicios sin embargo, están condicionados por las *experiencias internas* del ejercitante (o aprendiz), de las cuales debe tomar buena nota, con vistas a *comunicar esas reales experiencias al guía apersona competente, que le acompaña durante toda la experiencia*. De esa forma el ejercitante puede recibir ayuda eficaz para examinar sus experiencias y poder así descubrir, en su proceso sucesivo, la *huella* de la llamada única e irrepetible de Dios - es decir el secreto de su "libertad espiritual interior", que unifica e integra toda la vitalidad variada de su vida.

Una contribución más de los Ejercicios Ignacianos es que ese proceso de *pedagogía espiritual* es de importancia capital no sólo para el inicio de la formación espiritual, sino para lo que hoy llamamos "formación permanente" espiritual - algo que continúa a través de toda la vida de la persona. La "Contemplación para Alcanzar Amor", final de los Ejercicios, presenta a Dios "trabajando por mi", (por cada persona humana), en toda la creación [EE 236:1-2] - es decir Dios continuamente activo en su trabajo, que "viene, viene, viene siempre", en amor, para salvar, redimir y reconciliar. De la misma manera *en el secreto íntimo de la "libertad espiritual" de cada persona*, discernida a través de la pedagogía Espiritual de los Ejercicios, y después mantenida viva, tras esa experiencia fundamental de transformación,

está la manera eficaz de encontrar siempre y responder a Dios, que nunca cesa de fomentar el amor en cada persona individual, en su peregrinación de fe a lo largo de su vida.

Al ofrecer, en la sección final de este artículo a San Ignacio como maestro espiritual y pedagogo, a través del proceso gradual de sus Ejercicios, he querido detallar cómo este maestro, enseñado por Dios, conduce personalmente a cada ejercitante, que emprende seriamente el camino de los Ejercicios, por medio de sus propias experiencias personales, y bajo la guía del Espíritu de Dios. Y lo conduce desde el Antiguo Testamento (tiempo de esclavitud), al Nuevo Testamento (tiempo de la "libertad de los hijos de Dios") - un camino pascual desde el estadio de la "carne" al nivel del "espíritu", para usar el vigoroso lenguaje de San Pablo, en sus cartas a los Calatas y a los Romanos (Gal 4-5, Rom 8), cuando proclama la Carta de la Libertad Cristiana. Y, ¿No es cierto que el mismo Dios revela por los Profetas (Jer 31:31, Ez 11: 17-20); 36: 24-28) que retiraría la ley que estaba escrita en las losas de piedra, y pondría en nuestros corazones un nuevo testamento, que nos daría un "nuevo corazón y un nuevo espíritu" - su Espíritu - que nos hace "hijos libres de Dios"? No es de extrañar que el mismo gran apóstol que publica la "Carta de la Libertad Cristiana", también afirme categóricamente que "donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (2 Cor 3:17)

Observaciones finales: repaso a los "Propósitos"

Si hemos dado la impresión más arriba de que dejábamos de lado un supuesto concepto Ignaciano de la "Reforma de Vida" que consiste en hacer simplemente propósitos, pocos, concretos y realistas, aunque sean bien intencionados, tal como se ha entendido e incluso se entiende hoy; queremos, antes de terminar, expresar nuestra idea claramente - quizás alguno piense que ¡deseamos poner de nuevo los "propósitos" en su lugar acostumbrado!

Nuestra experiencia nos ha enseñado sin ninguna duda que no son los propósitos, en cuanto tales, hechos con buena intención, los que entran en conflicto con una "Reforma de Vida" eficaz y realista. Es el hecho de que esos propósitos, que hemos hecho y tomado con toda seriedad, han sido hechos y tomados de una forma vitalmente ajena al "sentido de la vida" - en otras

palabras, se han centrado en un plano de "hacer", en una mera "función", y no tienen ningún lazo vital con el fondo íntimo y profundo de nuestro "ser". Nuestra experiencia repetida ha sido que tales "propósitos" han tenido vida corta, en el sentido de que hemos sido fieles a ellos durante un mes, durante dos meses, o por un período breve de tiempo, precisamente porque no han sido aplicaciones concretas, en los detalles de nuestra vida ordinaria, de lo que está enraizado más profunda y radicalmente en el corazón, en el centro del "se?" personal. No nos extrañemos que se les haya considerado como propósitos meramente "externos", y "decorativos", que desaparecen una vez que han "adornado" la vida y costumbres de una persona durante algún tiempo.

Esto nos lleva de nuevo al punto central del tema. Si por "Reforma de Vida" entendemos una "transformación de la vida en profundidad", de acuerdo con la extraordinaria pedagogía espiritual, comunicada a nosotros por los Ejercicios Ignacianos, entonces los "propósitos", que hagamos en esos Ejercicios, deben ser expresiones concretas, aquí y ahora, del "*sentido de la vida, único e irrepetible, dado por Dios* a la persona particular". Ese sentido de la vida es el secreto de unidad e integración, de toda variada vida y actividad. Y, como ya hemos demostrado, es, en el sentido más profundo, teológico y espiritual, el singular "Jesús personal" de esa persona concreta. Si Jesucristo es el único sentido de la vida que existe para Dios Padre, (Cfr. Col 1:12-20), el "sentido de la vida, irrepetible y único dado por Dios" a una persona puede únicamente ser el "Jesús" irrepetible y único dado por Dios a la misma persona - el Jesús dentro del cual y hacia el cual la persona debe crecer y madurar hasta ser adulto con la madurez del hombre adulto Cristo Jesús(Eph4:13).

HERBERT ALPHONSO, S.J. Durante doce años dirigió el Centro de Espiritualidad Ignaciana (CIS) en Roma; Profesor Emérito de Teología Espiritual y de Espiritualidad Ignaciana en el Instituto de Espiritualidad de la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma - Italia.

NOTAS

1. Cfr. EE 189: 2,3.
2. Es interesante notar que, para su tiempo y circunstancias, San Ignacio consideró oportuno descender a ejemplos: "(El ejercitante) debe mucho considerar y ruminar...

quánta casa y familia debe tener, cómo la debe regir y gobernar, cómo la debe enseñar con palabra y con exemplo; asimismo de sus facultades cuánta debe tomar para su familia y casa, y cuánta para dispensar en pobres y otras obras pías..." [EE189:6,7,81.

3. Esta interpretación particular de "reforma de vida" encuentra su justificación y base en el propio texto de San Ignacio: "...aprovecha mucho (a tales personas, ejercitan tes) (quier abunden mucho de los bienes temporales, quier no)...en lugar cíe hacer elección (donde no tienen lugar o muy prompta voluntad para hacer elección) ...dar forma y modo de *enmendar y reformar la propia vida* y estado de cada uno... *ÍEE189:41.*

Pero lo que queda claro en el texto ignaciano es la insistencia permanente de este maestro espiritual en algo que ha repetido y destacado muchas veces como el "Principio y Fundamento" cíe los Ejercicios, en sus pasos importantes [*EE5'*, 23; 91: 4; 169: 2, 3, 8; 177: 1, 2; 179: 1; 180; 181: 1; 183: 2; 184: 2,3; 185; 188], y de nuevo en el resumen completo de todos los Ejercicios, su coronación, en "la Contemplación para Alcanzar Amor" [EE 230-238], especialmente en la gracia que pide con palabras bien conocidas: *en todo amar y servirá* su Divina Majestad *IEE2331.*

Aquí pues de forma concreta, en su texto sobre la "Reforma de la Vida", San Ignacio explica el *espíritu animador* de todo lo relacionado con "trabajar para reformar la vida" : "dar forma y modo de enmendar y reformar la propia vida y estado ... a saber, poniendo su creación, vida y estado *para gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de su propia ánima* "*IEE189: 51*". Para venir y llegara este fin (el mencionado antes), debe considerar y ruminar por los Ejercicios y modos de elegir", (ibid, 189:6). "No queriendo ni buscando otra cosa alguna sino en todo y por todo mayor alabanza y gloria de Dios nuestro Señor" (Ibid 189: 9).

4. Citemos como ejemplos de tales propósitos, los que tienen como objeto la relación con otras personas, o las responsabilidades en su vida, trabajos, misiones, ministerios, o también la propia disciplina que se requiera para la vida de oración o estudio...

5. Véase lo que Ignacio reconoce abiertamente en los números 17 y 99 de su *Autobiografía* "...le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño.... si dudase en esto, pensaría ofender a su Divina Majestad (Aut, 27). "Pregunté al peregrino sobre lo Ejercicios ... El me dijo que los Ejercicios no los había hecho todos de una sola vez, sino que algunas cosas que observaba en su alma (es decir su propia experiencia, enseñado por Dios)..., le parecía que podrían ser útiles también a otros, y así las ponía por escrito" (Aut. 99).

6. "Llamado por su Nombre", es, como sabemos, un tema bíblico rico y profundo. No es necesario en este artículo recoger las muchas citas bíblicas que dan testimonio de

ello, y de sus consecuencias duraderas en la vida cristiana. Sin embargo unas pocas citas pueden ayudar: Is 43: 1-7; 49: 1, 15-16; 62 :2-5; Jer 1: 4-10; Apoc 2: 17, etc...

7. Para una comprensión detallada de lo que queremos expresar por esa "llamada" o "vocación" de Dios en lo íntimo de nuestro "ser", véase nuestra obra, que estuvo inspirada en su origen, en 1965, en una experiencia arrolladora del Espíritu de Dios, que tuvimos en el curso de un retiro anual de ocho días, y que después ampliamos, gracias a la confirmación decisiva de Dios a nuestro impulso interior por vivirla, y darle participación a los demás, en las variadas formas de nuestro ministerio en el Espíritu: *The Personal Vocation: Transformation in Depth through the Spiritual Exercises* (Edit Pontif Univ. Greg. Roma, 2003). O en su edición americana : *Discrvering your Personal Vocation: The Search for Meaning through the Spiritual Exercises* (Paulist Press, Mahwah, NJ 2001).

8. Para recoger algunas citas, como ejemplo, Cfr. Jn :17. 30; 6: 57; 7: 28; 8: 28-29; 10: 14.29.37-38.

9. Decimos con frecuencia, con profundo sentido cristiano, que si algo no lleva el signo, o sello de la "Cruz de Jesucristo", *no* es - no puede ser - auténticamente cristiano. ¡Qué razón tenemos! "La Cruz de Jesucristo", en términos teológicos y espirituales, es siempre, y sin fallo alguno, *la entrega de si mismo por amor*. No nos extraña que Jesús expresase un día este criterio decisivo del discernimiento cristiano en una sentencia definitiva: "Si alguno quiere venir conmigo, que se niegue a si mismo, tome su cruz y me siga" (Mt 16: 24). Esta señal no es *triple*, es solo una, expresada de tres maneras, "negarse a si mismo", *que es* "entregarse a si mismo", *que* es la cruz, y *que* es el seguir a Jesús.

10. Aunque el texto literal cíe los EE, 189:10, que acabamos de citar, tiene un tono negativo ("salir de si mismo", "de su propia voluntad", de su "propio interés") que refleja el tono del criterio evangélico para el discernimiento cristiano, que acabamos de citar en la nota 9 (Mt 16: 24), su contenido actual y existencia! es claramente positivo, siendo como es algo relacionado con la libertad evangélica, que al fin y al cabo es la libertad interior espiritual.

11. Así es como el Papa Pío XI, y después de él Pío XII, tuvieron a bien caracterizar el libro Ignaciano de los "Ejercicios Espirituales".

Traducción: Francisco de Salís S.J. 10
de octubre del 2005.